

DIVERSIDAD CULTURAL Y CULTURA DE LA PAZ

(BREVES NOTAS PARA UNA REFLEXIÓN)

Quisiera, en esta breve intervención, aportar algunas notas acerca de los aspectos más relevantes de los desafíos que hoy nos plantea la imperiosa y urgente necesidad de asumir positivamente la **DIVERSIDAD CULTURAL** como eje fundamental sobre el cual construir una verdadera **cultura de la paz**.

Pienso que para lograrlo, es indispensable volver a considerar las diferentes visiones de mundo y formas de vida de las múltiples comunidades humanas, como el poderoso caudal a través del cual fluye nuestro armónico crecimiento y pleno desarrollo como especie.

Es cierto que este tema preocupa a la comunidad internacional y ha sido objeto de particulares análisis en muchas reuniones y congresos de toda índole alrededor del mundo, sobre todo cuando los fundamentalismos de cualquier signo exacerban las diferencias culturales, tiñéndolas de antagonismos irreconciliables.

Sin embargo, los constantes cambios que observamos al interior de los procesos culturales de nuestros países y de su repercusión en las particulares relaciones sociales de cada uno de ellos, como en el conjunto de las interrelaciones a nivel regional y mundial, nos enfrenta a nuevos desafíos que nos obligan a revisar constantemente nuestros anteriores juicios acerca del tema y a considerarlos como provisorios acercamientos a un fenómeno cada vez más complejo y de incidencia definitiva en nuestro destino comunitario.

Mucho se podría profundizar al respecto. Sin embargo, en beneficio del tiempo que tengo a disposición, me limitaré a plantear, de manera muy esquemática, algunos puntos que me parece necesario instalar en una reflexión, que pretenda un mínimo de rigurosidad acerca de la diversidad cultural.

COEXISTENCIA Y CONVIVENCIA DE LA DIVERSIDAD CULTURAL:

En primer lugar, quiero destacar la aparición de un nuevo ámbito de **coexistencia** de muy diversos tipos de expresiones culturales, lo que implica un adicional desafío para las políticas en ese ámbito, tanto nacionales como internacionales.

Me refiero a la amplia diversidad de visiones de mundo que aparece cuando las expresiones de las múltiples vertientes culturales que aún nos caracterizan como comunidades con ciertos rasgos reconocibles y que componen nuestra identidad como pueblos, se ven prácticamente "obligadas" a una relación de coexistencia con las realizaciones de la modernidad.

Es cierto que este fenómeno ha estado presente desde hace mucho tiempo en nuestras sociedades, pero hoy adquiere una velocidad y fuerza de otra magnitud, debido al volumen y la profundidad de cambio que dichas realizaciones de la modernidad producen en la conformación de la cotidianeidad de la vida social.

Desgraciadamente, frente a ello, en la mayoría de los casos, nos contentamos con el **ejercicio de una pasiva tolerancia**.

Esto, si bien puede con dificultad detener y aplazar en el tiempo eventuales estallidos sociales, no evita una evidente y peligrosa atomización de la sociedad, que se expresa en la conducta ciudadana, fundamentalmente, con la disminución paulatina del sentido de pertenencia a la comunidad - país, con la consiguiente merma en la participación social.

En efecto, no se trata aquí de detectar simplemente en nuestras sociedades la existencia paralela de variadas tradiciones o formas de vida que se expresan en un multiculturalismo encerrado en una suerte de ghettos incomunicados entre sí.

Por el contrario, hablo de la imperiosa necesidad de reconocer la profunda y enriquecedora incidencia que tendría, en todos nuestros países, el estímulo y el fomento del libre flujo de interrelaciones entre esas diferentes maneras de abordar el proceso cultural, por parte de los distintos modos de vida y visiones de mundo.

Hace falta, de una vez por todas, reemplazar ese concepto pasivo de la tolerancia por aquel más activo y enriquecedor de la aceptación gozosa de las diferencias.

Pasar de la coexistencia pasiva a la convivencia activa.

GLOBALIZACIÓN Y DIVERSIDAD:

Por otro lado, el fenómeno de la globalización irrumpe con fuerza y rapidez arrolladora en este entramado de ancestrales y nuevas mezclas, tensionando y apurando el ritmo de su mixtura. Desde muchas instancias, se alzan voces de alerta y de temor.

Pero, si lográramos detenernos por un momento, descubriríamos esa posibilidad de acoger constantemente los flujos de múltiples diversidades, nos haría especialmente aptos para absorber el impacto globalizador y revertirlo a nuestro favor.

Visualizo la globalización como un fenómeno multidireccional, como una red tejida desde muchos lugares y por muchas culturas, en la que podemos introducirnos a través de los huecos de su entramado y aportar nuestro esfuerzo para dotarla de un alma.

Sí, el desafío mayor es el de **construir, hoy, entre todos, el alma de la globalización**, aprovechando su propia fuerza expansiva.

Una de sus mejores armas, la posibilidad, inédita hasta ahora, del inmediato flujo dialogante de información y de conocimientos de todo tipo, nos otorga una herramienta poderosa e inmejorable para acelerar el logro de esta aparente utopía.

En consecuencia, ya no es suficiente la ausencia de violencia como base para la construcción de una paz duradera. Ya no sirve el retirarse en su propio reducto para evitar la confrontación. Es necesario abrirnos con renovada confianza a la interacción con lo diverso, en un diálogo que es fuente de entendimiento y cooperación.

Para lograrlo, deberemos estar muy atentos a la constante aparición de nuevos valores emergentes, producidos por la irrupción en la sociedad de esos diferentes modos de vida y visiones de mundo, especialmente en las nuevas generaciones.

Este fenómeno nos urge a plantearnos una más certera elaboración de políticas culturales dirigidas de manera específica a los jóvenes que ya han internalizado, en su propia cotidianeidad, contenidos y formas, tanto en su habla como en sus conductas sociales, que son el resultado directo del cambio que produce el impacto de la globalización en la identificación con sus propias raíces culturales.

En ellos, cada vez más, lo propio se va fundiendo con lo ajeno en una síntesis sincrética que da origen a nuevos valores que transgreden los ya instalados en las sociedades a las cuales pertenecen y que, en no pocos casos, llegan a la subversión de los anteriores.

Este fenómeno se entronca en la esencia misma del proceso cultural y su dinámica, que se torna cada vez más acelerada, propone tal vez el mayor desafío social de este comienzo de milenio, para un cambio en la convivencia social.

Al igual que el problema de género, que por momentos parece haberse estancado en los aspectos reivindicativos, encierra, a mi parecer, una fuerza expansiva de gran magnitud que exigirá muy pronto una definición de cauces para entregar su potencial a la sociedad entera.

CIUDADANIA CULTURAL: DERECHO DE TERCERA GENERACION

Ya en mayo de 1998, en Estocolmo, durante la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales, organizada por UNESCO, sosteníamos que, para asumir los desafíos ineludibles planteados por la globalización al proceso cultural, debíamos contestar con valentía y claridad una pregunta fundamental:

¿El tipo de cultura que estamos creando favorece, a través de una mayor clarificación de los derechos y deberes compartidos por toda la humanidad, nuestras posibilidades de **acceder a la condición de verdaderos actores y sujetos activos de nuestro pleno desarrollo tanto material como espiritual?**...

La respuesta parece clara.

Debemos re-definir la visión parcelada del hombre y de la mujer y asumir a ambos en su totalidad de seres humanos, con su materialidad y su trascendencia auestas y, sobre todo, su capacidad de asombro.

Al mismo tiempo, hace falta plantearnos una ampliación significativa del concepto de los derechos humanos, para poder hacernos cargo de los nuevos desafíos éticos que surgen de la constante transformación de nuestras sociedades.

Entramos en un tercer gran período, donde el concepto de los derechos se desplaza hacia nuevos caminos, como son el de la diversidad de la creación crítica y el de la libre invención de los mundos de la cultura.

No se trata aquí de un concepto abstracto; es justamente en el diálogo creativo entre estas diferencias, donde radica la esencia de la humanidad y se construyen las bases de una sociedad armónica y desarrollada en plenitud.

El libre ejercicio de la ciudadanía cultural aparece aquí como el mejor medio para recuperar la igualdad en dignidad y el respeto a la diversidad. Para ello, no basta con detectar certeramente cuáles son los obstáculos que impiden el acceso de todos a este nuevo y más alto nivel participativo en la construcción de la identidad cultural de los pueblos.

Hay que elaborar e impulsar las políticas y las acciones, internas y externas, que contribuyan a elevar la capacidad creativa de todos aquellos que nos sentimos pertenecientes a la comunidad social, para que podamos no sólo expresar en obras nuestras múltiples diversidades, si no también acceder a una distribución equitativa de los bienes culturales producidos.

Para que ello sea posible, resulta fundamental que logremos garantizar y ensanchar, tanto en el ámbito nacional, como en el internacional, la libre circulación de esos mismos bienes y velar por una condición social más justa para creadores y artistas.

Sólo así, podremos sabernos y sentirnos respetados en nuestras diferencias y acogidos como iguales en dignidad y derechos.

Abrámonos sin miedo a un nuevo mundo, repensemos nuestras identidades desde una perspectiva que asume abiertamente las enriquecedoras diferencias de todos y cada uno de los sujetos sociales.

Reemplacemos la ya gastada y pasiva tolerancia por la aceptación gozosa de la diversidad cultural, como condición indispensable para lograr un auténtico desarrollo humano y construir, codo a codo, una verdadera Cultura de Paz.

Claudio di Girólamo